

sus papeles en casa de su pariente de Increville, que fué heredero suyo, era tan peligroso como la cajita confiada por Orgón á Tartufo.

Á tan incontestable autoridad, á tan rara independendencia hay que unir dos nuevos títulos, el de curioso informador y de cronista ingenioso y concienzudo y de escritor amable, fácil, claro y pintoresco, término medio entre el historiador, el periodista y el novelista; y se convendrá en que se trata de un talento muy moderno, de un precursor muy curioso y literario del *reporterismo*, de un inestimable autor de memorias, y de un divertido cuentista cuyo libro no puede dejar de interesarnos.

Cuando murió Barbier, legó sus papeles á un pariente, que era cura, Barbier d'Incrévill. Este los guardó, los leyó y á veces los anotó.

Había en aquellos papeles siete tomos manuscritos, bien escritos, á los que acompañaban documentos, cartas, figuras y grabados; era el diario que había escrito Barbier, poniéndolo cada noche al corriente y al que debe un pequeño rayo de gloria.

La primera cuartilla lleva la fecha del miércoles 27 de abril de 1718; la última es del 31 de diciembre de 1763. Durante aquellos 45 años consignó cada día nuestro abogado sus impresiones y observaciones; son sus memorias día por día.

No dejó de hacerlo una sola vez, salvo en 1736, en que no escribió más que algunas páginas sobre las probabilidades de la paz y en 1739 en que dejó de escribir.

Aun está por hacer la monografía de Barbier. Nadie se ha ocupado de él. Parece mentira que Sainte-Beuve, que asistió á la primera edición de 1847 y á la segunda más completa de 1866, haya podido recorrer aquellas páginas inéditas tan curiosas sin que se le ocurriese dedicar un artículo á tan interesante escritor de memorias. Este hombre, que no tuvo historia, consideró muy curiosamente la historia de los demás y de su país.

¿ En qué postura se hallaba la majestad real en aquel medio parlamentario, burgués, que vivía aislado de la corte y desdeñado de los grandes señores, y constituía el foco del liberalismo, de la oposición sorda y apenas consciente de que brotaron en 1789 las llamas de la hoguera?

Conserva aún su prestigio el gran nombre de la monarquía. El pueblo es fácil de deslumbrar. Aquel nombre mágico ampliado por siglos de gloria y de potencia ejerce una fascinación.

Sin ser Barbier republicano — no sospechaba nadie lo que podía esto ser — no tiene apego á la monarquía á la que dice las verdades severamente cuando lo merece y con tanta más libertad cuanto que dicha monarquía no había de enterarse nunca de ello.

Pero le gusta Luis XV y está orgulloso de él y quisiera que fuese

irreprochable. El amor del rey era el patriotismo de nuestros abuelos. Sin embargo, detrás del contento de sus visitas á Versalles, se oye zumbir la sátira en reflexiones como ésta: « No tiene la fisonomía de lo que dicen de él. Es indiferente, triste y tonto. » Mucho le celebran, pero Barbier nos hace oír el eco de las coplas burlonas que debían circular en voz baja.

« El año siguiente no andan las cosas mejor.

« Mucho se quejan de la taciturnidad del rey; no se sabe de qué causa proviene. » La verdad es que el joven príncipe es poco comunicativo. El duque de Orleáns va en gran pompa á felicitarle por su mayor edad, el martes 16 de febrero de 1723. Es un acontecimiento capital del que habla todo París. « El rey no respondió nada ». Fueron muy grandes personajes á hacerle firmar el contrato de matrimonio. « No les dice una palabra. » La infanta, por el contrario, que sólo tiene cinco años, pero es muy bonita, dice al presidente: « ¡ Os deseo toda clase de felicidad. » Por lo menos es una amabilidad.

Esto no anda muy bien, y el ejemplo de la pequeña infanta haría creer que las niñas son más ingeniosas que los niños<sup>1</sup>.

Lo demostró un día el año siguiente; tenía seis años. Habían presentado al rey á la nueva duquesa de Orleáns. « El rey estaba en su gabinete, la besó y no le dijo una palabra, porque no hizo mas que entrar y salir. »

Y añade Barbier: « Se dice también acerca del silencio del rey, un chiste de la Infanta que, aunque muy niña, tiene mucho ingenio. Dijo al mariscal de Ville-roi: « Es preciso que el rey os quiera mucho, porque no os ha dicho una palabra ». Nace esto de que el rey no le dice á ella una palabra, y le hacen creer sin embargo que la quiere mucho. »

No sería esto gran cosa si hubiera sido el mayor pecado del rey, que tuvo otros muchos y no se puede hablar de todos, aunque Barbier no se muerde la lengua. Hay por lo menos uno que aparece con mucha frecuencia, es la dureza. No es bueno con los que le rodean.

« Nunca ha sido el servicio tan duro como ahora, parece que tiene gusto en hacerles sufrir. »

Ocupa el rey un puesto muy importante en estas notas diarias que nos mantienen al corriente de sus acciones, de sus cazas, sus enfermedades, sus amorios y sus paseos, sus bailes, sus disfraces de murciélago, sus lutos, sus sueños, sus casas de campo, sus juegos, sus indigestiones, sus empeines, sus infamias y sus regalos á su despo-

1. En general se nota en Francia una gran ventaja de la mujer sobre el hombre si no en cuanto al desarrollo intelectual, en lo relativo á los dones del ingenio y en cuanto al encanto de la vida social. Hasta en las clases populares se nota este desnivel entre los dos sexos.

sada, la infantita, entre otros una muñeca de veinte mil libras, y sobre todo sus luchas cada vez más flojas contra el Parlamento, y resulta de todas estas pequeñas pinceladas superpuestas una figura sin grandeza, en la que se ven todos los lados mezquinos, un personaje bastante triste, disimulado, taciturno, testarudo, sin resistencia á las seducciones que le envuelven, incapaz de trabajar por sí solo, ignorante de todo, indiferente á todo, frívolo y poco digno de su elevación. No realizó las esperanzas que hiciera concebir á Barbier el niño á quien vió por vez primera en los jardines de Versalles.

Constituyen la mayor parte de sus Memorias hechos y anécdotas contados en un estilo agradable. Es la vida de París, lo que llamaba Nadar la «Pequeña Historia.» Guiados por Barbier penetramos por todas partes, en el Louvre, en Versalles, en Compiègne, en el Parque de los Ciervos, en la Academia, en el Teatro, en la Feria, en casa de las actrices; nos paseamos por los bulevares, que empiezan á ser ya el paseo de moda, y por el Bosque de Bolonia; penetramos en el Parlamento, en el Chatelet, en la Cámara de Tormento y en las casas públicas, en las callejuelas y en los hoteles suntuosos, y se ven iluminadas nuestras excursiones ora por las arañas de los palacios, ora por el pálido farol que cuelga de una cuerda en las oscuras encrucijadas; nos encontramos en la iglesia, en la Morgue<sup>1</sup>, en la Sorbona, en casa de un vendedor de loza, en la tontina, en las iluminaciones, y es el más curioso y el más variado de los cinematógrafos, como decimos hoy, con sus vistas de París en todos los momentos, de día, de noche, con sol ó lloviendo.

Son dramas de magia negra, con cuentos acerca de los convulsionarios de San Medardo<sup>2</sup>, los Elisios y los Socorristas. Encuentra que debe haber en todo eso « algo de superchería », pero le apasionan aquellas sesiones secretas « donde no se entra sino con alguno de la banda. »

Sabe narrar agradable y vivamente. Léase el relato de la fuga de Estanislao, rey de Polonia, al evadirse de Dantzic, ó aquel drama tan curioso, la revolución del pueblo de París contra la policía, que roba niños en la calle para enviarlos á las cámaras de seda de la Luisiana, donde hacen falta niños para devanar los capullos de seda; son páginas de un verdadero novelista que no es historiador ni profeta. No ve que el pueblo toma desde 1750 una vitalidad y una audacia desconocidas; que se ejercita para 1789. Cree que bastaría para tranquilizarlo « poner en la picota á algunos agentes de policía varios días de mercado ». No

1. Se da este nombre al sitio en que se depositan los cadáveres de los ahogados ó de los que mueren en la vía pública, cuando se ignora su domicilio. (N. del T.)

2. Secta de fanáticos jansenistas que se reunían en el cementerio de San Medardo. (N. del T.)

comprendió el estado de sobreexcitación popular de su época; no sintió el soplo de la revolución que levantaba ya las primeras ondas de aquella marea humana. La burguesía del siglo xvii no previó ni presintió nada. Decía Beaumarchais: « El temblor de tierra de Lisboa nos conmueve porque no sabemos si se producirá en nuestro país semejante catástrofe, pero la revolución de Lima nos deja indiferentes, porque no tememos nada semejante. » Tampoco adivinó Barbier la Revolución, ni vió la naturaleza explosiva de la *Enciclopedia*, de la que habla como de una empresa ordinaria de librería.

Los relatos de revoluciones, los movimientos de la policía para dominar los levantamientos del pueblo, los episodios dramáticos, todo ello está vivo y parece de ayer, ¡tan grande es el parecido que guarda con el pasado la fisonomía de París!

Hasta el mismo baile del Hotel de Ville le hacía ya sonreír: « Por lo demás todo estaba algo gris, como ocurre generalmente en la Ciudad. Ocurrió el tumulto después de la salida del rey: los pajes del rey y de los príncipes y otros jóvenes atropellaron á las mujeres, despeinándolas, quitándoles las pelucas y haciendo gran ruido. »

Este diario es animado como la vida misma. Contiene pocas noticias literarias ó artísticas, pero sí muchos de esos acontecimientos menudos que son como un eco de la trepidación del París vivo: el precio de la leña, el de las velas, y del café; una epidemia de catarros, el sistema de Law, las tontinas, las iluminaciones, las ferias, las nieblas, las hazañas de Cartouche, las galanterías de la Camargo, las carreras de caballos, y las disensiones entre un procurador que se llama Tartarín y un abogado que se llama Cadet; la negativa que opuso un sacerdote llamado Coquelin á administrar á la duquesa de Perth; el caso del abogado Legouvé, á quien estuvo á punto de costar la vida el no haber tomado bastante en serio la tentativa de asesinato de Damiens contra la persona del rey Luis XV, el Muy Amado.

El asunto de Damiens, ya que de él hablamos, ocupa un puesto muy importante en el Diario. Su relación es célebre.

Sabido es cómo Pedro Damiens, vendedor de piedras para quitar manchas, en el Puente Nuevo, hirió á Luis XV de una cuchillada que no fué mortal. Relata Barbier con curiosidad complaciente todos los detalles del castigo terrible. Encarcelado Damiens, le encadenaron las piernas con grillos candentes, y mientras la opinión pública se alarmaba y acusaba á los ingleses y á los jesuítas, se preparaba en la plaza de Grève el recinto para la ejecución. No puede leerse sin estremecerse el relato de aquellas precauciones horribles: la mesa baja y recia, de madera de encina, sostenida por gruesos maderos sobre la que se ha de tender el cuerpo desnudo, mantenido por barras de hierro clavadas en la madera, encima del pecho, del vientre y de los muslos, de suerte que los

caballos no puedan arrancar al tirar más que los cuatro miembros. Y he aquí á la víctima, un hombre robusto, derribado por los verdugos que lo amarran al leño de dolor; con barras de hierro candentes le atenacean los pechos, los brazos y las pantorrillas; su mano derecha, que tiene atado el cuchillo del parricida, es mantenida encima de un brasero de azufre ardiendo; se derraman sobre las heridas plomo derretido, agua hirviendo, cera y azufre en fusión y no hay nada tan atroz como aquella crueldad enteramente oriental que toma precauciones horribles y prolonga la vida y los sentidos para mayor sufrimiento.

Fué conducido Damiens á la Grève; todas las tiendas y ventanas estaban llenas de gente para verle pasar. Llegado á la Grève, en el recinto rodeado de arqueros á pie y á caballo, subió al Hotel de Ville, donde estaban los cuatro comisarios y demás; pero no los príncipes ni los duques. Allí permaneció cerca de una hora, de donde le bajaron como lo habían subido, en una manta para ponerlo en el cadalso. Estuvo sentado cerca de media hora mientras se preparaba todo para su suplicio que él contemplaba muy tranquilo. Hubiera tenido tiempo de declarar lo que hubiera querido al pueblo si hubiera tenido cómplices. El suplicio empezó hacia las cinco, con la quemazón de la mano y el atenaceamiento con plomo derretido, el cual le hizo dar gritos terribles; luego se le descuartizó, lo cual fué largo porque era muy robusto. Hasta fué preciso agregar otros dos caballos aunque los cuatro fuesen vigorosos. Como no se lograba descuartizarlo, se subió al Hotel de Ville para pedir á los comisarios permiso para dar un corte á las coyunturas. Esto fué rehusado primero, para hacerle sufrir más, pero al fin fué preciso consentirlo. Nadie se subió en los caballos, ni verdugos ni alguaciles, como se ha pretendido. Dió gritos, pero no pronunció ningún juramento durante el tormento. Los dos muslos fueron los primeros que se separaron y luego uno de los hombros. Entonces expiró el paciente á las seis y cuarto, después de lo cual se quemaron en la hoguera los cuatro miembros y el cuerpo. El criminal sufrió los mayores tormentos durante cerca de cinco cuartos de hora con bastante firmeza. Se dice que los escritores no han quedado muy satisfechos de él por lo que toca á la religión. Los tejados de todas las casas de la Grève y las mismas chimeneas estaban cubiertos de gente. Hasta hubo un hombre y una mujer que cayeron á la plaza é hirieron á otros. Se observó que había muchas mujeres y aun señoras de distinción, que no dejaron las ventanas y soportaron el horror del suplicio mejor que los hombres, lo cual no las honra mucho.

Quizás aquel día fué cuando exclamó una de ellas « ¡Pobres caballos! »

Es éste uno de los más terribles capítulos de la historia de la justicia bajo el antiguo régimen.

No es posible resumir un diario, se contenta uno con recorrerlo. Este fué redactado por un hombre curioso, en acecho de novedades, de sentido generalmente seguro, bien informado, y de buen juicio, salvo cuando llama jansenista á Bossuet. El palacio, la corte y la calle no

tienen secretos para él. Es un hablador que habla mucho y tiene buena memoria.

Lo que le falta, como á toda aquella época, es el paisaje, el don del fondo, el traje, el color local; pero la acción es viva, y ya tiene algo de la novela de folletín.

Sus notas son muy personales, en ellas se refleja su rostro de burgués plácido y feliz, de *reporter* escrupuloso y razonador.

Hay en él algo de egoísmo, de sequedad, y ninguna emoción ni ternura. Canta asiduamente el *Suave mari magno* y le gusta ver llover en cabeza ajena.

« Las lluvias siguen siempre abundantes en este país y las procesiones del jubileo no dejan de hacerse, de suerte que los sacerdotes y el pueblo que asisten á ellas en gran número están calados hasta los huesos. Es muy divertido verlos pasear de este modo por las calles.

Se atormenta á un inocente y se le destroza por equivocación: él lo refiere con una gran tranquilidad y acaba por decir: « ¡Ah! ¡qué delicado es todo esto! »

El precio sagrado de la vida humana es una noción demasiado reciente en la historia de la humanidad.

No sabemos si Barbier, al escribir, pensaba en el público y en los lectores eventuales. No tiene nada de improbable que así fuese.

Algunos pasajes están despojados de todo comentario y no se observa en ellos la preocupación de comunicar sus impresiones á un tercero. Hay páginas en que se ve perfectamente que no releía lo que había escrito, pues ha dejado en ellas repeticiones é incorrecciones bastante notables.

Pero hay por otra parte tantos desarrollos, tantas explicaciones y razonamientos que no puede negarse que estaban destinadas aquellas partes á un lector desconocido y deseado, pues no se habla uno á sí mismo con tanta prolijidad.

Cualquiera que haya sido su objeto, ora haya escrito para sí, ora para nosotros parece haberse divertido bastante y además nos ha servido de mucho, pues sin él careceríamos de documentos preciosos para una época de nuestra historia, que no es de despreciar, pues empieza en el año de la cuádruple alianza de 1718 y termina el año en que Francia, libre de la Pompadour, iba á confiar á Choiseul su suerte comprometida y disminuida por las faldas. En resumen, el diario de Barbier no nos inspira cariño á una época demasiado despreciable. Es el diario de una larga decadencia y el cuadro es tanto más sombrío cuanto que lo iluminan las bujías de las orgías ó las antorchas de los motines, sin que se le ocurriera nunca á Barbier pasear ante su lienzo la luz del arte, de la poesía y de la idea.

Entre las *Memorias* de mujeres, la Sra. Roland (1754-1793) merece un puesto aparte, pues nos da algo más que informaciones útiles para la crónica; traduce el estado de ánimo de una época.

Su nombre es popular, y su muerte admirable conmueve aún á larga distancia. Aun vibra el eco de su último grito de Libertad.

¡Qué fisonomía extraordinaria la de aquella mujer inteligente y superior! Dumont de Ginebra, en sus *Recuerdos de la Revolución*, refiere que asistió en casa de su marido á varias juntas de ministros y de girondinos y que la Sra. Roland no tomaba parte en las discusiones; estaba sentada á su mesa, escribiendo cartas y parecía ocupada en otra cosa. Pero era demasiado lista para no escuchar.

La Sra. Roland era bonita. Nos ha dejado un retrato suyo escrito por ella misma en la cárcel la víspera de su muerte. En él se muestra á nosotros con los rasgos agradables, el color fresco, los ojos grises y suaves, las cejas castañas, como el cabello, y bien dibujadas, la nariz de punta algo gruesa, la barba levantada, los dientes sanos y bien alineados, la gordura propia de una salud perfecta, la fisonomía inquieta y viva, la frente ancha (en medio de la cual se destacaban unas venas en forma de Y á la más ligera emoción), la piel suave y el brazo redondeado. Dicha imagen no contiene ninguna exageración, por inverosímil que parezca esta modestia en una mujer que piensa en la posteridad. Sus amigos la han descrito con muchos más encantos de los que ella confiesa.

Aquella segunda Cornelia, á quien llamaron el «hombre de la Gironda» y que imitó la rigidez romana, fué graciosa, delicada, muy femenina, sin nada de masculino, hasta muy distinguida á pesar de su origen algo plebeyo, con cierto desdén hacia el pueblo, común á los advenedizos, hasta el punto de que la pudo acusar Luis Blanc de aristócrata.

Aquella mujer admirable se casó con un marido que le fué inferior, aunque dos veces ministro. Ya se veían aquellas cosas. Es una suerte amarga, para un marido, tener una mujer superior y, lo que es peor, una mujer que, teniendo conciencia de su superioridad, hace un esfuerzo para realzar al compañero de su vida y elevarlo á su altura, por bondad ó quizás por vanidad.

Hay mujeres, dice La Bruyère, que anonadan á su marido hasta tal punto que nadie hace mención de ellos en el mundo.

La Sra. Roland no fué de éstas. Procuraba elevar á su marido hasta

sí. Roland fué víctima de aquella alianza y ha pasado hasta nosotros con un ligero tinte de ridículo. Como siempre sucede, se exagera; pero la Sra. Roland da tanta sombra á su marido que éste desaparece en los pliegues de sus faldas. Además está de por medio Buzot. ¡Qué historia más divertida si no la terminara el cadalso y la muerte!

La Sra. Roland, que se llamaba Manon, era hija de un humilde grabador de la calle de la Linterna, llamado Philipon. Hay que leer sus *Memorias*, tan atractivas y tan llenas de sinceridad nerviosa y mórbida. La vemos en ellas pequeñita, en el cuartito que ocupa en casa de su padre, ayudándole en sus trabajos de heráldica, leyendo al azar y en libertad los libros que encontraba bajo una viga del granero; corriendo á las tiendas vecinas para hacer los mandados, con tanta gracia que los tenderos la servían siempre la primera; maltratada por un padre regañón que le pegaba para hacerle tomar medicinas; soñando en el convento durante sus meditaciones extáticas de neurótica, ó embriagándose de aire y de poesía romántica bajo las sombras de Meudon.

«¿Adónde iremos mañana si hace bueno?» pregunta el padre los sábados por la noche durante el verano. Y mirando á su hija y sonriendo:

«¿Á Saint-Cloud? habrá juegos de aguas y veremos mucha gente.»

— ¡Ah papá! si quisiera usted que fuésemos á Meudon, me gustaría mucho más.

Á las cinco de la mañana, el domingo, todo el mundo está de pie; un vestido ligero, fresco, muy sencillo, algunas flores, un velo de gasa son todo el atavío. Helos ya en marcha, el padre, la madre y la hija; toman el barco en el Puente Real, un barquito que, en el silencio de una navegación suave, los lleva hasta las orillas de Bellevue frente á la cristalería cuyos penachos de humo negro se desgarran en las ramas de los árboles del bosque. Por unos senderos escarpados se sube á las alturas de Meudon; se divisa una casita en el bosque, es la casa de una lechera: allí vive una viuda con dos vacas y algunas gallinas. ¡Ah! ¡qué deliciosas meriendas en casa de la buena vieja, con un poco de pan moreno y mucho apetito! Y después vuelta á correr ó soñar bajo los altos árboles que prestan una poca frescura ó sombra al terreno sombrío del camino. Se cena alegremente en casa del suizo del parque y por la noche se vuelve á París y se vuelve á empezar el domingo siguiente.

Un día llegan los paseantes á una vasta encrucijada en la que empiezan varias avenidas cuyo suelo está cubierto de hierba y á las que forman los erguidos árboles una elevada bóveda. El sitio es apartado, rara vez van los paseantes por allí. Dos niños juegan junto al umbral de la puerta de una modesta casita blanca adornada con glicinas y

madreselva. Los árboles ocultan un bonito jardincillo, adornado con un bosquecillo de tejos, bajo el cual hay un banco de piedra. En los cuadros del jardín se ve á un digno anciano, cuyos cabellos blancos caen en rizos sobre su casaca parda; cava, encorvado. En medio de aquel silencio y de aquella soledad, la imaginación de nuestra joven se exalta y se enternece. Mojan sus ojos lágrimas de ternura.

— ¿Quién sois, digno anciano? preguntó el padre.

— Mi buen señor, soy fontanero del Molino Rojo, que alimenta una parte de los estanques de nuestro rey en Versalles.

— ¿Y estos niños? preguntó la joven.

— Son mis nietos; he aquí á sus padres.

En aquel momento llegaba una pareja de campesinos, limpios y decentes, sin nada que anunciase la miseria.

Son el hijo del anciano y su compañera. Cultivan su pequeño terreno y van á vender sus productos al mercado de Versalles para aumentar sus recursos.

— ¡Qué bien se está aquí! exclama la novelesca joven; Quisiera una vivir aquí para siempre!

Representa aquello para ella el cuadro de aquella rústica inocencia de la que ha leído encantadoras descripciones en Gessner, en Saint-Lambert y en Florian. ¿No es acaso esta pareja Estela y Nemorino?

— ¿Dan ustedes de comer?

— No, mi buen señor.

Pero Nemorino no tiene una naturaleza tan etérea como la de Florian, pues se apresura á añadir:

— Sin embargo, aunque pasan pocas personas por aquí, cuando se presentan visitantes no les negamos los productos de nuestro jardín y nuestras gallinas.

Y les sirve una comida frugal bajo los árboles en aquel fondo rústico en que las flores esmaltan los cuadros de legumbres.

La joven entusiasmada y llena de sus reminiscencias de lecturas siente que se le deshace el corazón en medio del enternecimiento general.

— ¡Oh! ¡qué bien se está en esta morada de la paz y la inocencia! exclama dando palmadas.

Y por la noche escribe en su cuaderno de impresiones estas notas de un lirismo conmovedor y casi mórbido.

— « ¡Amable Meudon! ¡Cuántas veces he respirado bajo tus sombras, bendiciendo al autor de mi existencia y deseando lo que pudiera completarla un día, pero con el encanto de un deseo sin impaciencia que sólo colorea las nubes del porvenir con los rayos de la esperanza! ¡Cuántas veces he cogido, en tus frescos retiros las palmas del helecho ó

las flores de brillantes colores! ¡Cómo me gustaba descansar bajo aquellos grandes árboles entre los que veía pasar á veces las ciervas tímidas y ligeras! Recuerdo aquellos lugares más sombríos en que pasábamos los momentos del calor; allí, mientras mi padre, tendido sobre la hierba, y mi madre, dulcemente apoyada sobre un montón de hojas que yo había preparado, se entregaban al sueño de la tarde, contemplaba la majestad de tus bosques silenciosos, admiraba la naturaleza, adoraba á la Providencia cuyos beneficios sentía; coloreaba el fuego del sentimiento mis húmedas mejillas y encontraba mi corazón los encantos del paraíso terrenal en tus asilos campestres!»

Cuando hay dos días de fiesta seguidos no se regresa á París, se duerme en la posada de *la Reina de Francia*, y ocurren á veces aventuras divertidas que hacen resonar por toda la habitación las risas de la alegre joven excitada por el aire libre. En efecto ocupan un solo cuarto los tres; la madre duerme con la hija en una cama y el padre en la otra; quiere correr las cortinas, se descuelga el cielo de la cama y cae tan exactamente sobre él que le forma como una manta. Después del primer momento de estupor se oyen risas sonoras que redoblan cuando la posadera, que acudé estupefacta, exclama levantado los brazos al cielo:

« ¡Ah! Dios mío. ¡Cómo ha podido caerse ese cielo de cama! ¡Hace diez y siete años que está colocado y nunca le ha pasado nada!»

Poseía Manon una inteligencia de primer orden, viva, curiosa, inquieta y despierta. Muy joven aún, estudiaba con pasión. Devoraba todos los libros con incoherencia ingenua: *la Novela Cómica, el Tratado de los Contratos, ó las Guerras Civiles*, de Apiano. Se hizo monja, pero no llegó á pronunciar los votos; dejó el convento, leyó á Montesquieu, Diderot y Rousseau, y vió que debía casarse.

Tenía hecho su programa.

«Desde los catorce hasta los diez y seis años, quería un hombre cortés; de los diez y seis á los diez y ocho, un hombre de ingenio, y desde los diez y ocho, un filósofo.»

Encontró este último en la persona de Roland, que tenía veinte años más que ella y era un verdadero filósofo. Cortejó á la joven hablando de Cicerón y de Montesquieu<sup>1</sup>.

Manon quedó encantada.

El primer año de su matrimonio tuvo un niño, le crió y colaboró en el libro que estaba haciendo entonces su marido: *el Arte del extractor de turba*.

Era poco, pero aquello poco bastó á Manon. Afluyeron los consola-

<sup>1</sup> Recuerda esto el caso de uno de nuestros más eminentes escritores, que goza de fama universal por lo prodigioso y variado de su producción literaria. Allá en las mocedades tuvo una novia y si no le hablaba de Cicerón y Montesquieu, le recitaba versos de la *Iliada* y de Horacio. Afortunadamente para las letras no pasó de novio. (N. del T.)

dores y arrastró en pos de sí una multitud de lánguidos adoradores, Lanthenas, Bose, Bancal des Issarts, Barbaroux, cuya belleza compará con la de Antinoo, y Buzot. Ninguno, ni aun el último, que fué el más feliz, obtuvo el menor resultado. Permaneció pura y fiel.

Una sola vez se dejó sorprender. Fué por Buzot. Este no obtuvo, por lo demás, otra cosa que cartas inflamadas en que le tateaba. La honrada Sra. Roland llevó los escrúpulos hasta un límite no conocido antes de ella. Sintiendo que amaba á Buzot, que tenía seis años menos que ella, se puso en regla con su conciencia, declarándolo á su marido. Éste manifestó algún disgusto y su mujer no le perdonó el no haberse mostrado más satisfecho.

« Mi marido no ha podido soportar la idea de la menor alteración en su imperio... El saber el sacrificio que hago por él ha destruido toda su felicidad. »

Nos parece que había de qué.

Sin embargo Roland no pareció muy resentido, no fué engañado más que de corazón y lealmente, puesto que le habían avisado.

Fué una mujer profundamente honrada. Ella es la que ha escrito este bonito pensamiento : « En las almas honradas y delicadas, el amor no se presenta nunca sino bajo el velo de la estima. »

Se le echan en cara las pinturas demasiado libres de sus *Memorias*. Son algo excusables. Sólo hay que ver en ellas el espíritu de imitación tan fuerte en las mujeres ; después de la lectura de *las Confesiones*, de las que se penetró y que la mancharon, imitaba el cinismo de su maestro para inspirar el horror al vicio por medio de su pintura ; en ella dichas páginas tienen la falta de pudor de la virtud militante, para que las madres consideren con espanto la importancia de la vigilancia que les está impuesta.

En todo caso pagó heroicamente su deuda al deber conyugal. Mientras su marido huía á Ruán, fué detenida á causa de él y metida en la Conserjería. El relato de su fin seguirá siendo eternamente una de las más bellas páginas de nuestra historia.

Pero al lado de la heroína nos interesa buscar y descubrir á la mujer. El secreto de su constancia fué en gran parte su amor á Buzot. Tenía su retrato en su pecho, le escribía y estaba tan llena de aquel amor que bendecía su prisión ; era para ella, mujer enamorada, un género de vida que no le hacía sufrir tanto como á las demás : era el aislamiento, el silencio, el retiro, el estado que conviene á un alma enamorada, ávida de vivir en secreto con la imagen, el pensamiento y el recuerdo de su amigo.

Y véase como todo se arregla.

Á causa de este amor, comprende que es infiel á su esposo ; pero su cautiverio aleja la muerte segura de su marido.

No inventó nada. Ella misma lo dice :

« Me parece que por medio de mi prisión le indemnizo de una parte de sus pesares. »

Es lo que se llama un marido bien indemnizado. Los dramas tienen sus lados cómicos.

Ella soñaba amor en aquel aislamiento precioso que no maldice y lo explica con una delicadeza que recuerda á Séneca : *tecum erras*.

Los malvados creen afligirme peniéndome grillos : ¡ qué insensatos ! ¡ Qué me importa habitar aquí más bien que allá ? ¡ No voy á todas partes con mi corazón ? y encerrarme en una cárcel, ¿ no es acaso entregarme á él por completo ?

Con este razonamiento dialéctico se persuadía á sí misma Manon de la felicidad de su infortunio añadiendo : « Debo á mis verdugos el poder conciliar el deber y el amor. No me quejó de ello. »

Seguramente sería injusto limitar á esto el secreto de su valor. Fué una mujer superior. Pero sería una inexactitud histórica olvidar este elemento de su resistencia durante los últimos días.

¡ Qué nobleza ! ¡ qué orgullo, qué valor ante los Montañeses á quienes desafia, ante sus amigos de prisión á quienes alienta y que lloran por ella, y ante el cadalso que desafia sin miedo !

Le suministraron los medios de evadirse. Con todo el heroísmo valiente é íntegro de Sócrates en el *Critón* se negó á ello y, si se alegrara contra esto la esperanza que tenía de no ser condenada, su actitud ante la muerte demuestra sobradamente que no la temía.

Uno de sus compañeros de cautiverio le había cobrado un gran cariño durante los últimos momentos con esa fuerza llena de afecto que hace nacer el terror. Al bajar de la carreta le hizo pasar delante, aunque le tocaba ser el segundo, diciendo :

— « ¡ Pasad el primero, no tendríais valor para verme morir !... »

El verdugo protestaba : era preciso pasar bajo la cuchilla en el orden indicado.

— « No rechacéis el último ruego de una mujer, le dijo dulcemente Manon. »

Cuánto más hermosa es esta frase que la tan repetida :

— ¡ Oh libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre ! »

Preferiría que se olvidase menos su « Pasad el primero ». Pero había en ella cierto instinto declamatorio y aquella hermosa frase final, aquella prosopopeya de la libertad corresponde al gusto algo teatral que en todo ostentó.

El cadalso es también un teatro, un teatro lúgubre. Sólo quiero hacer constar aquí la afición que tenía Manon á las frases hermosas, afición que ya mencionaron sus contemporáneos.